

Manual de autoayuda para chinos

Rosa Beltrán

Los manuales de autoayuda, esa ortopedia de las emociones tan en boga en nuestros días, sirven a Rosa Beltrán —La espera, La corte de los Ilusos y Amores que matan— de punto de partida para elaborar un relato en clave paródica donde se entremezclan la pesquisa policiaca y la ironía chinesca.

para Casandra y Federico

Conoces a una mujer que te propone un negocio a ti, Huni, el rey de los negocios turbios. Está pensando en patentar un muñeco que cuando le jales la cuerda abra los brazos y diga: “¡Eres la única mujer en mi vida!”, “¡Oye, estás flaquísima!” y sobre todo “¡Discúlpame!”.

—¿Y sabes por qué? —te pregunta—. Porque los hombres se la pasan ofendiéndote y nunca te piden perdón de nada. Están incapacitados para sentirse culpables. Y en realidad, para hablar de sus sentimientos.

Da un trago a su coca *light* y te pide que lo pienses. Está convencida de que ese negocio haría mucho por las mujeres.

Tú asientes, en principio divertido. Te le quedas viendo de arriba abajo como si la escanearas. El busto perfecto, el cabello largo y crespo, la cinturísima. Hasta ahí te permite ver la mesa del Sanborn's. Tiene una risita agradable y ojos chinos no porque sea china sino porque está sonriendo todo el tiempo. Te imaginas a tu socio del negocio de importaciones cuando se la describas:

—Huni: es justo lo que te recetó el médico.

Observa sus labios moverse mientras te platica de cuánto la han ofendido los hombres, de cómo se aprovechan siempre, ve sus manos, como abanicos danzantes, como pañuelitos blancos. Sus uñas limpias. De p ronto, vuelve las tuyas a una caja y guárdalas adentro. Ella se sorprende aprisionada, te sonrío. Parece una actriz. Es raro que tenga ese trabajo de judicial, que sea parte, como ella misma dice, de los “cuerpos policiacos”. Para nada se parece a los roperos armados que llegan sin avisar a quitarte tu mercancía. “¡A ver, pinche chino, viene todo!”, y luego no se aparecen por meses. Ella no. Ella es linda y cariñosa. Y sobre todo: es leal. Te avisa con tiempo. Te propone un acuerdo. Un porcentaje.

Intercambia una mirada furtiva, deja sus manos libres y obsévalas volar al bolso azul claro. Cuando saque el cigarro y te pida fuego sorpréndete de que una muchacha tan joven y tan bonita fume.

—¡Ay, Huni, pero si en tu país se la pasan fumando todo el tiempo! —te dice.

Aclárale entonces:

—Es tu país de origen, pero no de cultura. Desde que llegaste a trabajar a la Samsung tú te hiciste a los modos de aquí. Tus costumbres son las suyas.

Ella de inmediato niega:

—No, Huni, eso de traer saldos y colocarlos como si fueran mercancía del año no lo hacemos aquí. Ni lo de andar imitando todo lo que tenga marca. Nosotros no tenemos esas costumbres. Porque si las tuviéramos ¿para qué íbamos a comprarte a ti tus cosas, a ver?

Obsévala juntar los labios como si fuera a chiflar o a darte un beso; mira cómo le da otro sorbito a su coca *light*.

Te dice que por eso tienes que traerte todo de allá: los monitores de los videojuegos que colocas en las papelerías y en las farmacias, los dizque relojes Rolex y las falsas bolsas Louis Vuitton, las llaves mezcladoras de agua. Escúchala y recuerda el gesto de incredulidad que puso cuando le regalaste las zapatillas de terciopelo falso. “Vesacé”, dijiste, y la erre se te atoró. La gracia con que se las puso, tomando cada una por el talón, su empeine acojinado.

—Pe rolo que traes es ilegal, Huni —te dice y retira el vaso de refresco—. Tú lo sabes. Se llama “contrabando”.

Di: oh oh oh cerrando los ojos, haciéndolos más chiquitos, asintiendo. Y ahora, mírala: en su traje de comando, en uniforme, según le pidieron ese día, acercándose a ti para que le enciendas el cigarrillo. Una sola pieza negra, lustrosa. Una pantera. Acciona el Zippo que sólo

tú sabes que no es Zippo, observa cómo ella le da una calada honda al cigarro y te dice: “gracias”.

—Las que la adolnan —respóndele aprisa.

—Ay, Huni, seguro eso les dices a todas.

Niega con la cabeza, muéstrate divertido, pero entonces ve cómo se acerca y te aclara: ella no es una cualquiera. Esto sí quiere que lo entiendas bien. Tú lo entiendes. Ella se relaja entonces, vuelve a su posición original y te explica: Su abuela era multimillonaria, nacida en Nueva York, sus padres se la trajeron en un barco con una nana y una vaca suiza. Después perdieron todo, no te dice bien por qué. Da una calada a su cigarro y añade: su papá no era rico, pero sí muy guapo y muy bohemio. Jugaba fútbol, se asoleaba.

—Era muy seductor —suspira.

—Con lazón —respondes— y ella no pregunta con razón qué, sino que da un último trago a su coca.

—¿Sabes qué, Huni? —te dice de pronto, apuntándote con un dedo—. Ojalá esa boca dijera lo que verdaderamente piensas, algún día.

En los operativos es tierna, te acaricia la mano debajo del mostrador donde guardas la escuadra calibre veintidós por si sus compañeros o el abogado quieren pasarse de listos. En la oficina es formal y atenta, te contesta el celular aunque esté ocupada. Habla con el agente aduanal, te busca la manera de que puedas introducir el producto. Y sobre todo: te avisa. Te da los pitazos siempre. Entre ella y tú hay un acuerdo: sólo se llevan lo peor



Volando bajo

© Pablo Ortiz Moaseno

de la mercancía incautada en los operativos. El treinta por ciento. Tú sabes que ellos la venderán después y que nadie les dirá “pinches chinos transas”, aun así los miras llevarse las cosas y sonríes. Sonríes y aguardas.

En las prácticas de tiro es la mejor.

—¿Cómo le haces? —le preguntas.

No bebe. No fuma. Bueno, sólo a veces. Un poquito.

Le gustan los chocolates.

Después de cuatro operativos, un cateo mayor y dos idas al cine te acuestas con ella. Te parece el número adecuado de salidas. La llevas a tu casa.

—¡Pero si esto es un palacio! —exclama encantada al ver la cochera verde de mosaico, la cama con dosel, el barecito frente a la cama donde tienes todo tipo de licores.

Tú respondes:

—Y tú, la leina.

—Ay, Huni —te dice.

La abrazas. Es tan joven. Nueva como un embarque de bolsos de plástico recién manufacturados. Llena de promesas.

Hacen el amor y entonces ella acomoda un par de almohadas en la cabecera, se sienta cómodamente en la cama, te pide que le pases los chocolates y tras llevarse un arlequín de limón a la boca te dice:

—¿Sabes qué, Huni? En el fondo eres un romántico. Si el comandante me preguntara: “¿Quién es ese chino que siempre anda haciendo negocios chuecos?”, yo le diría: un romántico.

Entrechoca las copas de champaña. Di:

—¡Salud!

Abrázala apasionadamente. Bésala. Dile que sus pies son un par de peces dorados.

Cuando ella se quede tendida boca abajo, desnuda y exhausta, ve a la estancia, pon esa música que tanto te gusta, de cinco notas, y recorre con el dedo su espalda. Ella se da vuelta. Te dice el nombre de su marido. Se llama Rolando García. Antes era el director del departamento de licencias y permisos, ahora es comandante de la PGR. Cuando te pregunte: “¿Qué piensas?”, no digas: “lárgate de una vez” ni “pinche puta”. Tómala suavemente de una nalga y di:

—Depende. ¿Clees que nos dalía un pelmisio, tu malido?

Ella finge una sonrisa.

—Es que no quiero que te sientas mal por esto —dice. Brinca de la cama, da una patada de *Tae Bo*. Sonríe.

Di:

—Huni es un chico duro.

Cruza los brazos.

En los siguientes encuentros, ella pone cara de preocupación.

—¿Por qué no me dices lo que sientes? —te pregunta.

Te mira profundo a los ojos.

—¿Huni, por qué no me muestras tus sentimientos? Mira la camisa que se le desabotonó. Mira sus pechos.



© Pablo Ortiz Monasterio

Policia

Cuando vivías con tus padres creías que amante significaba una prenda de vestir masculina, algo para lucir cuando uno sale a pasear, como unas mancuernillas Giorgio Armani. Ahora sabes que una amante puede ser cualquier cosa menos unas mancuernillas. No puedes mostrar las muñecas y decir:

—Qué tal. Soy Huni. Ésta es mi amante.

Es como tener la copia sin saber que no es el original.

Es como pagar una copia a precio de original constantemente.

Desde que sabes que está casada, no enfrentas el negocio igual. No miras a tu socio de la misma forma. Cuando se te ocurre algo y ella te contesta el teléfono, no puedes decirle: “¡Hola!, ¿cómo puedo legistral la patente de la malca Hunday?”, ni la oyes decir con el mismo ánimo: “¡Pero Huni!, ¿cómo vas a registrar la patente si esa marca ya existe?”. No te ríes igual, no puedes con testarle:

—Existe, pelo no aquí.

Cuando sales a comer y tu socio te pide que le cuentes sobre la mujer ésa que estaba buenísima no le dices “Aaay”, como si fuera algo espantoso y trágico, ni “no quiero hablar de eso”.

Dices:

—No tiene nada de especial —y te encoges de hombros.

—¿Cómo que no? —responde él y te mira sorprendido.

Dile con naturalidad:

—No es como un pal de mancuernillas Almani.

—Uy, quién te entiende —dice, y de ahí en adelante guarda silencio hasta que regresan al despacho.

Es como recibir la mercancía dañada.

Es como haber sido timado por un chino.

Esa noche en que sabes que tendrá que irse dentro de dos horas, cuando te acaricia y te habla al oído, descubres que tu boca se mueve, de pronto, como por voluntad propia. Ella ha estado haciendo la culebra alrededor de tu cuerpo, te ha pasado los dedos entre el pelo asombrada de que sea tan negro y tan grueso. Luego se ha recostado sobre ti, sobre tu espalda. A medio lengüeteo, mientras intenta completar un círculo alrededor de tu oreja, cuando te susurra algo, te sorprendes diciéndole:

—Oye, no eles mi leina ni yo soy Huni, tu ley. Sólo soy tu amante.

Algunas veces van a cenar, después del trabajo. Ella vive en la colonia Crédito Constructor y no tiene casa propia ni crédito para construirla, según dice. Prefiere que no te acerques a su casa. Fuera de la PGR camina un par de cuadras para llegar a donde la recoges en tu Nissan arreglado, tú también estás arreglado. Traes tu traje rojo vino, el pelo negro recién cortado, lacio y de raya en medio, como una pequeña fuente, rapado de la mitad de la cabeza hacia abajo. Traes tus falsos zapatos Salvatore Ferragamo, tu Rolex Oyster Perpetual que es una copia idéntica. Ella viene con una camisa de flores y un pantalón café bastante brillante. Tienes ganas de decirle:

—¿Y tu malido? ¿Qué, no te mantiene?

Te das cuenta de que quieres decirlo porque albergas una intención bien clara, una esperanza. La esperanza de que él se haya esfumado de pronto. Ella es tan blanca, tan abultada de pechos. Tan cariñosa. Se siente tan feliz de estar contigo y dormir en tu casa ese día en que él tiene guardia hasta el día siguiente. Cuando llega al auto te bajas y le abres la puerta. Ella siente algo en el asiento, levanta el trasero y saca un perfume copia Paloma Picasso. Un regalo. La llevas a un lugar especial, adornado con linternas de papel y peces nadando en peceras. Traen varias fuentes de comida y el mesero levanta la tapa sin hacer ningún gesto.

Bueno, ¿y cómo fue que te casaste con ése? quieres empezar, y en lugar de eso ella es quien te pregunta:

—Bueno, ¿y cómo fue que te hiciste fayuquero?

Levantas los hombros.

—Como se hace uno cualquier cosa.

—Ay, Huni, eres tan... no sé, misterioso.

Ella se sirve bastante comida, te pide que le pases la salsa de soya, que le alcances el platón de más allá. Entonces, te revela:

—En cambio a mí mi marido fue quien me metió en esto. Fui a pedirle trabajo sin conocerlo, me dijo qué sabes hacer y le dije: nada.

Tú sonríes.

—¿Y sabes qué hizo? Me puso de su secretaria. Pero la verdad, no daba una. Entonces me dijo: qué quieres hacer. Y me puso a expedir permisos. Yo veía la documentación, le daba una revisada por encimita a los papeles y ponía el sello. Todo muy derecho.

Ella bebe un sorbo de té verde, suspira.

—Aquí en la judicial no es como la gente cree —te dice— ya no.

Tú fumas y la escuchas.

—Luego me aburrí de estar sentada poniendo sellos y le dije a Rolando: ponme en otra cosa porque aquí ya me aburrí. Qué quieres hacer, me dijo, y yo le contesté muy seria: mira, yo soy una persona muy entrona. La verdad. Y muy activa. Así que mejor ponme en algo más acorde a mi naturaleza. Y ahí fue donde entré al área judicial. Tomé todos los cursos que te puedas imaginar,

de defensa personal, de caló. Bueno, de qué no tomé yo cursos. Hasta la fecha, sigo haciendo mis prácticas de tiro. Yo puedo desarmar a cualquier cabrón, hay partes vulnerables del cuerpo...

Tú sonrías.

—Ay Huni, no ésas —te explica— ...aunque la verdad no sé si son *ésas* en las que estás pensando. Nunca sé lo que piensas, la verdad.

De pronto, toma tu brazo bruscamente, le da vuelta. Aparece tu muñeca sin mancuernillas.

—Aquí —te señala y te oprime la vena. Sientes un dolor insoportable.— A ver, trata de zafarte —dice.

Ese día está encargada de sorprender a unos introductores de pastillas Viagra y cigarros Marlboro hechos con tabaco y fibra de vidrio. Tú acomodas en algunas farmacias los monitores de los videojuegos que te enviaron armados en un contenedor. Más tarde la recoges cerca del aeropuerto.

—Tengo una pena muy grande, Huni —te dice, sombría—. Mi hermano está en el hospital, y van dos meses que no he pagado la mensualidad de la camioneta. Tengo semanas con la despensa vacía.

Luego, cuando están en tu casa, añade:

—En la policía no se gana tanto como crees. Es demasiado riesgo.

Quieres preguntar:

—Pol qué no te sales.

Pero en lugar de eso la miras impertérrito.

—Ay Huni, ya sé lo que estás pensando. Que por

qué no me salgo, ¿verdad? Pero dime, a ver: y quién me va a dar trabajo. Quién me va a aceptar a mí con mis antecedentes, y en dónde. Desde aquí puedo estar más o menos protegida, pero no creas. Hay mucha gente que quiere matarme.

—¿Y tu malido? —preguntas.

Su marido es muy recto, muy organizado. Y la ha ayudado mucho.

Tú das otra calada a tu cigarro, asientes.

Luego de llevarla hasta su casa con una caja de falsos perfumes Dolce & Gabbana que le regalaste y dos bolsas de lona llenas de monedas (en los videojuegos te pagan con morralla) te subes a tu Nissan. Oyes el golpe de la puerta que se cierra, el ruido de la llave, después nada, los ruidos típicos de la ciudad, los autos y los microbuses, un chofer de taxi que te grita: “¡pinche chale, muévete!”.

Enciende el motor y pregúntate quién eres. Quién es el pinche chale.

—¡Huni Li! —dice tu padre cuando por fin tomas el teléfono—. ¿Qué rayos te pasa?

Te pide pormenores del negocio de pago con mujeres que tanto han planeado, te pregunta cómo van las cosas.

—Ya casi —le dices—. Tengo el teleno casi listo.

Él te recrimina. Le explicas que no es tan sencillo, aquí no es tan natural pagar con mujeres, exportarlas



Boleada

Se te acerca y hace un puchero, insiste en lo que va a decirle a su marido, se pone melosa, te acaricia la oreja...

menos. Lo oyes desquiciarse, hacerte las cuentas de lo que le debes, lo que cada pariente tuyo pagó allá para que te vinieras. Imaginas su rostro colorado, los aspavientos que hace con los brazos y manos mientras habla y escupe. Te pone otra vez de ejemplo al ciudadano chino Wu Yon Lin, que por dos mil cuatrocientos pesos mexicanos obtuvo el monopolio de uso de la Virgen de Guadalupe. ¡Si se pudo comerciar con la única mujer que era intocable en este país por qué no se va a poder con las otras! Tú le explicas que su razonamiento puede ser correcto pero en la realidad tiene sus dificultades, él grita de nuevo y cuando le aseguras que harás lo que sea por enviar a la primera de las chicas oyes cómo la voz se le dulcifica y crees ver a tu padre con los ojos chispeantes y las comisuras en la frente marcadas a causa de las cejas le vantadas hacia arriba. Lo oyes repetir lo rico que serán cinco, seis veces... hacerte las cuentas... Ya debes estar a punto de enviar el dinero para que el ciudadano Fo Weng Tai consiga el pasaje de la primera muchacha de ojos redondos... aunque no sea virgen...

Ese día le has dicho a tu socio que haga el recorrido de las farmacias por ver si hay alguna solicitud de monitores extra que pueden estar necesitando los dueños a causa de las vacaciones. A ella le has hablado por teléfono y la has pasado a recoger sin haber sido muy claro en tu explicación de por qué tenía que ser a esa hora. La llevas a un lugar que desconoce. Cuando se abre por fin la puerta del departamento, la haces pasar al saloncito en forma de ele repleto de papeles y mercancía con severos defectos que te encargas de disimular haciendo un trabajo fino, de vestidor de pulgas. Es "tu despacho". La invitas a sentarse cómodamente en el sillón de *velour*, le ofreces la copa de licor imitación *chartreuse* que les das a tus clientes. Ella prefiere agua.

Cuando vuelves de la pequeña cocina con el vaso en la mano te la encuentras observando minuciosamente los objetos que tienes ahí, revisando cada rincón, como un perro que olisquea un bulto con droga. Muéstrate solícito, jadeando entre disculpas. No tenías agua embotellada y tuviste que esperar a que saliera limpia la del grifo. Ella toma el vaso.

—Ya estamos aquí —le dices, con una sonrisa forzada.

Quieres decirle que estás dispuesto a lo que sea por ella, que has decidido dar el paso final. Quieres que te acompañe de viaje. Pero ella ha tenido la mente puesta todo el tiempo en otra cosa.

—¿Sabes? Estoy pensando en decirle a Rolando de lo nuestro —te dice.

Esto te hiela la sangre por un momento. Ella serpentea, es un dragón alrededor de tu cuerpo.

—¿Te digo lo que le pienso decir? Le diré: amor mío hay alguien que nos divide. Huni. Por él pude pagar los abonos de mi camioneta, ayudar a mi hermano. Y ahora, fíjate, ¡quiere regalarme un departamento! —y señala con los brazos abiertos tu despacho.

Muéstrate escéptico. Dile que tu despacho es muy poco. Que tú le regalarás mucho más. En tu país tienes grandes propiedades.

—Pero tu país está lejísimos, Huni —se queja.

Se te acerca y hace un puchero, insiste en lo que va a decirle a su marido, se pone melosa, te acaricia la oreja y acercándote los pechos te dice: "Oye, Huni. Has de tener tus guardaditos, ¿verdad? A ver, dime cuánto tienes". Tú le explicas que no tienes guardaditos, sólo tu trabajo. Quieres ponerte de acuerdo en algo más espectacular, más grande: un viaje. Pero ella no quiere hablar de viajes ese día. El lugar la ha puesto ardiente, no sabe por qué, te dice, y empieza a desvestirse. Luego insiste en lo que va a decirle a su marido: "Cariño, creo que tengo que contarte algo. Estoy enamorada de Huni". Eso le dirá, te dice.

—Y qué halás después, —le preguntas.

Ella te mira con atención por un momento. Luego, suelta una carcajada.

—Nada —dice—. Rolando nunca me creería que estoy enamorada de un chino.

Durante mucho tiempo has pensado qué es lo que podrías hacer. Y ahora sabes que todo puede solucionarse con una llamada telefónica. La haces, informas y esperas. En este país el tipo de cosas que requieren una gran planeación en el tuyo se arreglan un buen día, sin que nadie tenga que contratar a nadie ni apretar un gatillo. Lo sabes cuando te encuentras a tu socio fuera de sí, juntando las pocas cosas que tenía en el despacho.



© Pablo Ortiz Monasterio

Dios antiguo

—Ahora sí. ¡Nos jodimos! —te dice en cuanto te ve entrar.

Te muestra el periódico donde salió la noticia: El comandante Rolando García Cueto, hallado en tratos con las mafias coreanas, acusado formalmente de cohecho.

—¡Y todo por una denuncia anónima!...

Di:

—Oh oh oh.

—Sí, por un bocón. Mira, Huni, no hay nada que hacer —insiste—. Sin madrina no se puede seguir en este negocio.

Muéstrate apesadumbrado, asiente. Déjalo que se lleve los lentes Oakley falsos, sus cosas de una vez. Acepta su renuncia. Dale una pequeña gratificación sólo si es necesario.

Míralo irse. Despídetele.

—Me cae que no te entiendo, Huni —óyelo decir—, ¿sabes? A ratos hasta pienso que te dio gusto que agarraran al comandante ése. Ustedes los chinos son como marcianos.

Vuelve a sonreír.

Extiéndele la mano.

Y entonces, ocúpate de lo que tanto has querido. Una vez que no existe el obstáculo del marido sabes qué debes hacer. Primero llámala. Dile que tú cuidarás de ella ahora que está sola. Háblale del viaje.

—Huni, hay algo que no entiendes —te dice.

—¿Que no podemos hacer negocio? —preguntas.

—No, Huni, no es eso.

Se toma todo el tiempo del mundo para explicártelo: de su marido se separó hace tiempo; no es su marido con quien vive. Es alguien más.

—¿Quién? —preguntas.

Te dice el nombre: Comandante Dalia Margarita Taboada.

—Era la segunda de a bordo. Sólo la muerte o la cárcel podían hacer que la promovieran al puesto de Rolando.

Óyela suspirar.

—A mí los hombres me han herido mucho, Huni. Ella jamás viviría con un hombre.

Quédate atónito.

Un día, luego de mucho tiempo, cuando te hable para informarse del próximo operativo y te pregunte cómo estás, responde:

—Bien.

Cuando insista en preguntar:

—¿Estás seguro, Huni?

Acuérdate del viejo *koán*. “Quien siempre habla de lo que siente invariablemente habla de lo que no siente”. No dudes en repetir tu respuesta. [1]

El presente cuento, de reciente aparición en la antología *Un hombre a la medida*, publicada por Cal y Arena, 2005, ha sido traducido al francés para ser antologado con nuevos cuentistas posmodernos. Las fotografías que lo ilustran fueron otorgadas por Pablo Ortiz Monasterio.